

Emaús y Jerusalén

Lucas 24:13-53

Edward DENNETT

biblicom.org

Este conocido pasaje de la Escritura ha quedado siempre grabado en el corazón del pueblo de Dios, y pocos pueden leerlo sin sentir su especial encanto. La condescendencia y ternura de nuestro bendito Señor, en su conversación con los 2 discípulos en el camino a Emaús, no podía dejar de encomendar su gracia inefable a los afectos de su pueblo. Sin embargo, es posible que este pasaje se haya considerado con demasiada frecuencia desde el punto de vista de los discípulos, descuidando así la presentación del Señor mismo en los diversos aspectos que en él se revelan. El objetivo del Señor no era solo convencer a los discípulos de la realidad de su resurrección, sino también darse a conocer de muchas maneras diferentes. No hay duda de que esto sería más fácil de comprender para los discípulos después de Su ascensión, y es probable que el Señor tuviera esto en mente. Sea como fuere, toda la narración está cargada de rica instrucción espiritual, y es a esto a lo que invitamos la seria atención del lector, al mismo tiempo que podemos recordar, a nosotros mismos y a él, que solo por el Espíritu Santo de Dios podemos comprender su significado divino.

En primer lugar, el Señor está visto incuestionablemente como el *buen pastor*. Ya había dado su vida por sus ovejas, y ahora continuaba su obra de restaurar las almas debilitadas de 2 de sus ovejas que, en aquel momento, estaban desanimadas y abatidas. En efecto, bajo el peso de los acontecimientos de los últimos días, parecían haber perdido toda esperanza, aunque su afecto por Cristo no había disminuido. Seguían aferrados a él, pero incapaces de afrontar los hechos tal como los veían, se dirigieron a la aldea de Emaús, a unos 60 estadios de Jerusalén. Leemos que hablaban entre ellos de todo lo que había sucedido, y que las tinieblas de la duda pesaban sobre sus mentes. El Señor había resucitado, aunque ellos todavía no lo sabían, y vio el estado en que habían caído aquellos 2 fieles discípulos. Si ellos amaban al Señor, como ciertamente lo hacían, él los amaba aún más, y así, para disipar sus dudas y temores, él mismo, mientras ellos comunicaban y razonaban, vino a ellos y caminó con ellos. Ya fuera por poder divino o de otro modo, sus ojos no pudieron reconocerlo. Esto era necesario para la obra que el Señor tenía en vista, a saber, la restauración de sus almas.

Observar cómo trató el Señor a estos 2 santos perdidos debería ser de gran ayuda para todos los que tratan de pastorear al pueblo del Señor, especialmente para aquellos que son pastores por don divino. Él ya conocía todos sus pensamientos y la causa de sus tormentos, y aun así los interrogó para que sacaran lo que tenían en sus mentes. En otras palabras, les hizo vaciar el corazón antes de pronunciar una sola palabra. Podía haberles dicho de inmediato: "Aquí estoy, resucitado de entre los muertos", pero antes trató de ponerlos en el estado de ánimo adecuado para que

podieran comprender la verdad de su resurrección.

Empezó preguntándoles: «¿De qué estáis hablando entre vosotros mientras camináis, para que estéis tan tristes?». En respuesta a esto, uno de ellos, llamado Cleofás, expresó su sorpresa, diciendo: «¿Eres tú el único forastero en Jerusalén que no sabe lo ocurrido en ella estos días?». El Señor se limitó a responder: «¿Qué cosas?». Entonces Cleofás desahogó todo su corazón y contó lo que había sucedido con Jesús de Nazaret, cómo era un profeta poderoso en obras y palabras ante Dios y ante todo el pueblo, y cómo los sumos sacerdotes y los dirigentes lo habían entregado para que lo condenaran a muerte y lo crucificaran. Estos eran los hechos tal como les habían ocurrido a los 2 discípulos.

Dicho esto, Cleofás pasó a hablar del efecto de estos acontecimientos sobre sí mismo. Con gran tristeza añadió: «Esperábamos que él era el que debía liberar a Israel. Y tras lo ocurrido, este es el tercer día desde que sucedió todo esto», es decir, el día de su resurrección. Además, habló de la visita de las mujeres de su grupo al sepulcro en la mañana de ese día, y del hecho de que no habían encontrado el cuerpo del Señor, sino que habían venido a decir que habían visto una visión de ángeles que decían que estaba vivo. Todavía había más: algunos de los discípulos habían ido también al sepulcro y comprobado que todo era como habían dicho las mujeres, y entonces Cleofás añadió lo que era la causa de todo su dolor: «Pero a él no lo vieron».

Así se había llegado al fondo, y al llegar a él se habían hecho evidentes 2 cosas: primero, que Cleofás y su compañero eran sinceros de corazón para con el Señor; y segundo, que toda su tristeza y desesperación provenían del temor de que sus expectativas respecto a Cristo quedaran sepultadas en su sepulcro.

El Señor, habiendo llevado a estos discípulos a exponer sus sentimientos más profundos, se dispuso a satisfacer sus necesidades. Primero, los guio a las Escrituras, reprendiéndolos por haber sido tan lentos en creer el testimonio profético acerca de los sufrimientos y la gloria de Cristo. Luego, partiendo de Moisés y de todos los profetas, les explicó en todas las Escrituras lo que se refería a sí mismo.

Puede ser útil detenerse un momento para subrayar que la sabiduría de Cristo, tal como se manifiesta aquí, debe ser nuestra guía cuando tratamos con almas atribuladas. Como se puede percibir, no hubo discusión; el Señor simplemente apeló a las Escrituras para tratar el tema en cuestión, enseñándonos así que es a partir de las Escrituras, usadas con el poder del Espíritu, que se puede dar respuesta a las perplejidades de las almas.

Durante esta conversación, casi habían llegado a su destino, y Jesús «intentó ir más lejos». Conocía el estado de sus almas, el efecto que su enseñanza había tenido en ellas, que, como confesarían más tarde, sus corazones habían ardido en su interior mientras les hablaba por el camino y les abría las Escrituras, y que aún quedaba trabajo por hacer para lograr su restauración. Ese trabajo adicional era la revelación de sí mismo. Por lo tanto, cuando pretendía ir más lejos, era solo para plantear la demanda, que él sabía que llegaría, de que debía morar con ellos. Y sus deseos eran tan ardientes que lo obligaron, diciendo: «Quédate con nosotros». La palabra «insistir» es fuerte: significa que no aceptaban ninguna negativa. No es que el Señor necesitara ser forzado; estaba más que dispuesto a responder a su petición; pero nada deleita más su corazón que ser forzado por su pueblo a entrar y quedarse con él. Incluso a menudo se presenta a la puerta de nuestro corazón pidiendo entrar, y nada le da más alegría que oír su voz, juzgarnos por haberle dejado fuera, y así abrirle la puerta para que entre y cene con nosotros, y para que suspiremos con él. En este caso, entró a cenar con ellos, pues se sentó a la mesa con ellos. ¡Cuánto habrían perdido si no lo hubieran obligado a entrar! Lo mismo ocurre con nosotros. ¿No se acerca a menudo a nosotros, y sin embargo nos perdemos el gozo de su presencia porque no lo obligamos a entrar y a morar con nosotros?

Pero si se digna sentarse a la mesa con los suyos, debe ocupar siempre el primer lugar. Debe ser supremo en todos los círculos en los que consienta entrar. Recordémoslo cuando anhelemos su presencia. Tomó el pan, lo bendijo, lo partió y se lo dio. Sin duda le habían visto muchas veces hacer lo mismo con sus discípulos; pero lo hubieran hecho o no, este sencillo acto de nuestro bendito Señor les sirvió para abrirle los ojos, lo reconocieron y desapareció de su vista. Pero ¿por qué se fue tan pronto, cuando, como podemos estar seguros, habrían dado todo lo que poseían, poco o mucho, para retenerlo y tener una conversación más con él? La respuesta es que su obra estaba hecha: había encontrado a sus ovejas perdidas y había restaurado sus almas. Veremos que su restauración era completa, pues el signo de un buen estado de ánimo es el goce de la presencia del Señor. Como María, habían visto al Señor y estaban satisfechos en abundancia. La prueba fue que volvieron al lugar que nunca debieron abandonar.

De la forma en que el Señor trató a estos 2 discípulos se puede extraer una lección muy importante. Es que todas las dudas serán disipadas por la manifestación de Cristo en nuestros corazones, y que el renacimiento del amor por Cristo es la señal segura de la restauración. Ninguna doctrina logrará esto, ninguna claridad de enseñanza, ninguna demostración de las Escrituras, pero lo que todos necesitamos es

que Cristo sea conocido y gobierne en nuestras almas.

El siguiente aspecto en el que Cristo se revela en esta Escritura es como el **segundo hombre** del cielo (1 Cor. 15:49). Fue el segundo hombre cuando nació en este mundo, y para Dios eclipsó a todos los demás. Solo en él, entre los millones de hombres que existían cuando el Señor entró en escena, encontró Dios su complacencia. Como muestra el canto de los ángeles en su nacimiento: «Gloria a Dios en las alturas, y en la tierra paz, y su buena voluntad para con los hombres» (Lucas 2:14), es decir, en el nacido entre los hombres. Pero, aunque seguía siendo el segundo hombre desde su encarnación, no estaba en la condición de segundo hombre antes de la resurrección. Recordar esto nos ayudará en lo que sigue.

Los 2 discípulos de Emaús, después que el Señor se les dio a conocer, se levantaron a la misma hora y volvieron a Jerusalén, y encontraron a los 11 reunidos con otros, diciendo: «Verdaderamente resucitó el Señor, y Simón lo ha visto». Y contaron lo que les había sucedido en el camino, y cómo había sido reconocido por ellos al partir el pan. Habían venido con el corazón desbordado, deseosos de contar lo que habían oído y visto, pero encontraron a los que estaban reunidos también con el corazón desbordado, dando testimonio de la resurrección de su Señor. No nos sorprende, por tanto, leer, mientras hablaban así, que Jesús mismo se puso en medio de ellos y les dijo: «Paz a vosotros». Decimos que no nos sorprende, porque los corazones rebosantes de amor por él siempre ordenarán su presencia. Es nuestra respuesta a su amor lo que lo obliga a revelarse a nosotros. Siempre que hablemos de Cristo entre nosotros, él será uno más de la compañía (véase Mal. 3:17). ¿Nuestros corazones anhelan su presencia? Entonces juntos hablemos más de él.

Las primeras palabras que pronunció fueron: «Paz a vosotros», porque él había hecho la paz con su muerte en la cruz, y en el gozo de su corazón se la concedió.

Cabe señalar que nuestros sentimientos naturales a menudo entran en conflicto con la fe. Este era el caso de los discípulos en aquel momento. Primero estaban aterrorizados y asustados, y suponían que habían visto un espíritu, y luego de gozo no creían. Su temor y alegría, sus emociones naturales, eran obstáculos para la fe, pero es bueno añadir que las emociones producidas por el Espíritu de Dios son ayudas para la fe y no obstáculos.

Pero observen con cuánta ternura el Señor disipó sus dudas y temores, y cuánto esfuerzo hizo para convencerlos de la realidad de su resurrección. Con tanta dulzura les dijo: «¿Por qué estáis turbados? ¿Y por qué esos pensamientos se agitan en vuestros corazones?». Luego, con infinita gracia, dijo: «Mirad mis manos y mis

pies, que yo mismo soy». Indudablemente, sometió sus manos y pies a su inspección a causa de las marcas de los clavos con los que había sido atado a la cruz; y luego, además, llegó a decir: «Palpadme y ved, porque un espíritu no tiene carne y huesos, como veis que yo tengo». Yendo aún más lejos, después de mostrarles las manos y los pies, finalmente, para ahuyentar los temores persistentes que nublaban su visión, les dijo: «¿Tenéis aquí algo de comer?». En respuesta a su pregunta, le dieron un trozo de pescado asado y un panal de miel; él lo tomó y comió delante de ellos, el bendito Señor, como el Hombre resucitado, condescendiendo a compartir la comida de sus humildes discípulos.

Todo esto lo hizo para mostrar a sus discípulos que era un hombre real, resucitado de la tumba. En efecto, como ya hemos dicho, era el segundo hombre del cielo. Pero, aunque había demostrado de todas las maneras posibles la realidad de su resurrección, no se contentó con que la fe de ellos descansara en la evidencia de sus sentidos, pues pasó el tiempo enseñándoles que lo que habían visto estaba de acuerdo con sus propias palabras, y que era simplemente el cumplimiento de las cosas que estaban escritas en la Ley de Moisés, en los Profetas y en los Salmos acerca de él. Seguramente podemos aprender de esto el valor extremo de las Escrituras, y que todas las afirmaciones de los hombres y todas las opiniones que emiten deben ser sometidas a la prueba de la Palabra escrita de Dios. Si el Señor mismo no prescindió de las Escrituras, menos aún podemos hacerlo nosotros, y nos incumbe seguir sus enseñanzas en un día oscuro y malo.

Pero en toda la escena el Señor se revela como se indica, como el segundo hombre del cielo; y, como enseña Pablo, todos los que creen en él son de su género. Pues dice: «Como el celestial, tales también los celestiales» (1 Cor. 15:48). Y así como hemos llevado la imagen de aquel que es polvo, como todavía lo hacemos en nuestros cuerpos mortales, así llevaremos la imagen del celestial, es decir, cuando resucitemos de entre los muertos y poseamos cuerpos como su cuerpo glorificado.

Otro aspecto en el que el Señor aparece aquí es uno que puede mencionarse en pocas palabras. Es como el *Interpretador* de las Escrituras, pues leemos que les abrió el entendimiento para que comprendieran las Escrituras. El Espíritu de Dios aún no había llegado. Después de Pentecostés, él fue el Maestro; como el Señor mismo dijo: «Pero el Consolador, el Espíritu Santo que el Padre enviará en mi nombre, él os enseñará todas las cosas», etc. (Juan 14:26). Pablo dice también: «Pero nosotros no hemos recibido el espíritu del mundo, sino el Espíritu de Dios, para que conozcamos lo que nos ha sido dado gratuitamente por Dios» (1 Cor. 2:12). Juan también da el mismo testimonio. Así pues, el Señor actuaba como maestro cuando abrió la mente

de los discípulos para que comprendieran las Escrituras.

A continuación, y relacionado con esto, tenemos otro aspecto de Cristo, el de **Jefe** o **último Adán**. Antes de hablar de su misión en el mundo, dice: «Está escrito, y así era necesario, que el Cristo padeciese y resucitase de entre los muertos al tercer día; y que en su nombre se predicase el arrepentimiento para perdón de pecados a todas las naciones, comenzando por Jerusalén. Vosotros sois testigos de estas cosas» (v. 46-48). Es evidente que el Señor da esta directiva a sus discípulos en calidad de Jefe. Pero antes de confiarles esta misión, les hizo comprender que los hechos de su sufrimiento, muerte y resurrección estaban de acuerdo con las Escrituras. Por eso dice: «Está escrito», y es bueno para todos nosotros cuando nos fundamos en lo que se ha llamado la roca inexpugnable de la Escritura. Descansando sobre ese fundamento, las opiniones pueden venir y las opiniones pueden ir, pero nunca pueden perturbar la divina certeza del alma que es capaz de decir: «Está escrito». Recalquemos por un momento a los jóvenes cristianos que deben comprobar diligentemente sus creencias y doctrinas a partir de las Escrituras, a fin de estar confiados y seguros en medio de todos los esfuerzos del enemigo, ya sea por medio de la Crítica Superior o de otra manera, para socavar los fundamentos del cristianismo. Si el Señor asentó a sus discípulos en el: «Está escrito», con mayor razón debemos nosotros apoyarnos en el mismo fundamento divino.

La misión de los discípulos era sencilla. Era predicar el arrepentimiento y la remisión de los pecados en nombre de Cristo resucitado, pero no solo la remisión de los pecados, sino también el arrepentimiento, sin el cual no se puede recibir la remisión de los pecados. Porque el arrepentimiento conduce al juicio propio y a la confesión, y produce así el estado de ánimo en el que se puede recibir y disfrutar el perdón de los pecados. De la misma manera el apóstol Pablo testificó tanto a judíos como a griegos del arrepentimiento hacia Dios y de la fe en nuestro Señor Jesucristo ([Hec. 20:21](#)), y de la misma manera proclamó en Atenas que ahora Dios ordena a todos los hombres, en todas partes, que se arrepientan. No es que el arrepentimiento sea una condición para el perdón, pues Dios anuncia el perdón a todos los que están dispuestos a recibirlo; pero sí lo es, como hemos dicho, que el arrepentimiento lleva al alma a ese bendito estado en el que es capaz de recibir y disfrutar del don divino.

La segunda parte de su misión indica a quiénes eran enviados. Debían predicar en su nombre; es decir, en nombre y como mensajeros de la Cabeza resucitada, entre todas las naciones, pero debían comenzar donde había sido crucificado. Los peores pecadores, en cierto sentido, iban a recibir la primera oferta de la gracia divina, un testimonio del amor y la misericordia inefable de Dios. Comenzando por Jerusalén,

debían extender su obra en círculos cada vez más amplios hasta haber abarcado a todas las naciones. Como Dios desea que todos los hombres sean salvos, sus siervos deben estar en comunión con Sus propios pensamientos.

Luego, como ya hemos señalado, ellos mismos debían dar testimonio de las cosas que habían visto y oído, como dice el Señor en el Evangelio de Juan: «Y vosotros también testificaréis, porque habéis estado conmigo desde el principio» (Juan 15:27). Solo el Espíritu podía dar testimonio de la gloria en la que había entrado a la diestra de Dios; pero ellos podían dar testimonio de la vida del Señor aquí abajo, de su muerte y resurrección, y de lo que les había comunicado durante los 40 días anteriores a su ascensión.

Lo que sigue es de la mayor importancia. El Señor había calificado a sus discípulos, les había dado su misión, y, sin embargo, debían permanecer en la ciudad de Jerusalén hasta que enviara sobre ellos la promesa del Padre, es decir, hasta que fueran revestidos de poder desde lo alto. Debe haber 3 cosas, entonces, sin las cuales ninguno de nosotros que busca servir puede responder a la mente del Señor. Debe haber conocimiento de las Escrituras, de los hechos de la redención; debe haber una misión distinta del Señor, es decir, una compulsión o llamado interno; y debe haber también el poder del Espíritu Santo, sin el cual ni el conocimiento ni el llamado serán efectivos. Sin embargo, si se dice que todos han recibido el Espíritu Santo, la cuestión es si está afligido o no, si está con poder en nuestros corazones, y con tal poder que de la abundancia del corazón hable la boca. Estos son los obreros que el Señor necesita, y estos son los que él puede usar para su propia gloria en bendición. Por eso leemos que «todos fueron llenos del Espíritu Santo; y hablaron la palabra de Dios con denuedo» (Hec. 4:31). Oh, que el Señor suscitara muchos siervos así en este día y los usara para la exaltación de Cristo y la conversión de muchas almas.

En conclusión, el Señor se presenta como *sacerdote*. Leemos: «Lo condujo fuera hasta Betania; y alzando las manos, los bendijo. Sucedió que, mientras los bendecía, se fue separando de ellos, y fue llevado al cielo» (v. 50-51).

El significado de esta acción de levantar las manos y bendecirlos puede extraerse de un pasaje de la Escritura en el libro del Levítico (Lev. 9). Allí leemos que, después de ofrecer los diversos sacrificios según el mandamiento divino, «alzó Aarón sus manos hacia el pueblo y lo bendijo; y después de hacer la expiación, el holocausto y el sacrificio de paz, descendió» (v. 22). Todos estos sacrificios prefiguran el sacrificio único de Cristo, porque él era a la vez la ofrenda por el pecado, el holocausto y la ofrenda de paz –de hecho, él es el antitipo de todos los sacrificios mencionados en el

Levítico. Con esto en mente, veremos la maravillosa correspondencia entre la acción de Aarón y la de nuestro amado Señor. El Señor había completado la ofrenda de su sacrificio, y su resurrección demostró que Dios lo había aceptado, es más, que había sido plenamente glorificado por él, y tan glorificado que, en el gozo de su corazón, resucitó de entre los muertos a Aquel que había soportado todo el peso de Su gloria en la cruz. Consciente de ello, sobre la base de su único sacrificio perfecto y eficaz, se había convertido en el canal de toda la bendición que había obtenido mediante su muerte, entre el corazón de Dios y su pueblo; porque Dios siempre bendice a su pueblo según su evaluación personal del valor del sacrificio de Cristo. Dios era ahora libre para bendecir de acuerdo con sus propios pensamientos y propósitos eternos, y en la medida en que había sido liberado por la obra terminada de su amado Hijo, es su placer dispensar bendición a través de Aquel que ahora está glorificado a su diestra.

Sin embargo, hay más de lo que se ha dicho. Hemos visto que Cristo está presentado aquí como Sacerdote, y es como Sacerdote que levanta sus manos para bendecir a los suyos. Aprendemos, entonces, que es sobre la base de su sacrificio, y como resucitado de entre los muertos, que asume su oficio de Sacerdote, y que es por medio de su intercesión que asegura para su pueblo todo lo que necesita mientras atraviesa el desierto, y que también intercede ante Dios a favor de ellos. No nos proponemos entrar aquí en la variedad de bendiciones que él proveyó de esta manera, pues deseamos concentrarnos en la actitud de bendición que el Señor tomó al dejar a sus discípulos.

No solo los bendijo, sino que, mientras los bendecía, se separó de ellos y fue elevado al cielo. Así pues, la última visión que los discípulos tuvieron de su amado Señor estuvo ligada al hecho de que tenía las manos extendidas para bendecir. Y esto ciertamente nos enseña que esta es la actitud perpetua del Señor mientras está a la diestra de Dios. Piénselo, amado lector, por un momento, no solo el Señor tiene sus ojos sobre su amado pueblo, sino que también sus manos están, por así decirlo, siempre extendidas sobre ellos para bendecirlos. Qué consuelo para el corazón fatigado con dificultades y luchas, qué apoyo para el débil y desanimado, qué alegría para el enfermo y afligido, y qué provisión de consuelo para el afligido, mirar más allá de toda la oscuridad que puede envolverlos por un momento, y ver por fe al amado Señor con sus manos levantadas para bendecirlos. Ciertamente esta visión llenará de bienes al hambriento y dará cánticos en la noche al peregrino a través del desierto. Porque Aquel que está visto en este pasaje, y asido por la fe ahora a la diestra de Dios, es Aquel de quien leemos en otra parte que es capaz de salvar

perfectamente (totalmente, o completamente) a todos los que se acercan a Dios por medio de él, porque vive siempre para interceder por ellos.

Por último, podemos considerar el efecto que tuvo en el corazón de los discípulos el modo en que su Señor les dejó. Es evidente que quedaron profundamente impresionados, incluso conmovidos, por el poder del Espíritu, pues leemos que lo adoraron y volvieron a Jerusalén con gran gozo. Mejor aún, vemos que estaban continuamente en el templo, alabando y bendiciendo a Dios. Sus corazones rebosaban de gozo y ascendían a su bendita fuente en el corazón de Dios. Lo reconocían como la fuente de toda la bienaventuranza en la que habían sido introducidos, y que les llegaba a través del canal designado por Dios, su amado Hijo. No es de extrañar, entonces, que estuvieran continuamente en el templo, alabando y bendiciendo a Dios. Podríamos decir, entonces, que la adoración perpetua era la respuesta generada en ellos a la bendición perpetua indicada por las manos extendidas.

Pueblo feliz, por haber tenido tal recuerdo de su amado Señor. Pero, ¿por qué se registra esto? Para que también nosotros, amado lector, podamos identificarnos con la experiencia de los discípulos. Es cierto que no vimos partir al Señor con nuestros ojos carnales, pero si este relato se cumple en nuestras almas por el poder del Espíritu Santo, meditaremos a menudo sobre este tema, y por la fe lo veremos ascender al cielo en esa actitud de bendición. Mejor aún, lo seguiremos hasta que ocupe su lugar a la diestra de Dios, y entonces, al comprender la verdadera naturaleza del oficio que se ha complacido en asumir en nuestro favor, nunca olvidaremos que él asegura, mediante su intercesión, una bendición constante para los suyos. Si esto es así, el efecto producido en los corazones de los discípulos se reproducirá en los nuestros, y nosotros también encontraremos una salida para nuestros afectos, en respuesta a sus constantes servicios hacia nosotros, en perpetua alabanza y adoración.

Este Evangelio termina con un estallido de luz. Todos estos rayos de su gloria se funden en uno y nos dan pensamientos más amplios sobre la Persona de nuestro Señor y Salvador. Que él inunde las almas del escritor y del lector con el resplandor de su gloria, y llene de tal modo nuestra visión que él sea siempre el objeto absorbente de nuestros afectos, afectos que se expresarán en devoción mientras esperamos su regreso.